

poesía ingenua, campesina, vulgar, se "cultiva", se dignifica, se ennoblece, con lo cual cobra otra calidad. (Y sin embargo, sigue siendo algo especialísimo, inconfundible, intransmisible, algo de terruño y de raza. Si poesía es lo que ha salido de las manos de Mallarmé o de Rilke o de Machado, esto es otra cosa). Así, como algo adscrito al terruño y a la raza, puede llegar a ser de nuevo tradicional después de un eclipse y de un nuevo avulgamiento. Y la Srta. Frenk nos sorprende con una porción de curiosísimas muestras de la vitalidad de canciones muy frágiles en apariencia. Letrillas divulgadas por Lope o por Góngora, tal vez obras suyas, perduran hoy en un área extensísima, desde Santander o Salamanca a Buenos Aires o el Istmo de Tehuantepec. ¿Qué nuevos hallazgos no nos depararía una exploración metódica del folk-lore español y americano?⁸

Los trabajos de índole escolar presentan inevitables limitaciones. Son siempre algo extremosos y un poco precipitados y no es posible madurarlos con aquella lentitud que nunca puede permitirse un examinando. Algo queda así siempre en el aire. Con tiempo y holgura, estas útiles observaciones sobre las frases estereotipadas en letras diversas (págs. 55-56) hubieran dado un largo capítulo que nos hubiera hecho ver que en la poesía popular lo sustantivo son los géneros, dentro de los cuales cada cantar es como una variante. Tal vez el estudio de los tonos nos explique un día por qué ello es así. Sería sumamente deseable que la Srta. Frenk, que tan inequívocas pruebas de pericia y agudeza da en su tesis, se decidiera a completarla y ampliarla y abordara con mayor ambición, libre de premuras y agobios, este tema que tantas enseñanzas promete. Así, esta publicación, que por su diminuta tirada aparece como algo vergonzante y casi clandestino, lograría la merecida difusión, y los problemas sólo suscitados su pleno desarrollo. A quien tan felices primicias nos ofrece corresponde el esquilmo de este rico campo.

JOSÉ F. MONTESINOS

University of California, Berkeley.

JORGE DE MONTEMAYOR, *Los siete libros de la Diana*. Prólogo, edición y notas de Francisco López Estrada. Colección *Clásicos castellanos*; Madrid, 1946, xcvi + 304 págs.

El gran número de ediciones y traducciones que se hicieron de la *Diana* durante los siglos XVI y XVII atestiguan su inusitado éxito público. Contrastando con aquella popularidad, la novela de Montemayor decae luego con todo el género pastoril, hasta

⁸ En su citado estudio, Torner cita otras pervivencias de canciones recogidas por la Srta. Frenk: "Aprended flores de mí . . .", "Aquel pastorcito, madre . . .", "Caminad, señora . . ." El trabajo completo ha de ofrecer de seguro nuevas coincidencias.

No estará de más advertir que en los tiempos de "popularismo" en que vivimos siempre es bueno precaverse contra ciertas falsas "perduraciones", sobre todo cuando nos las atestiguan textos preparados sin gran rigor científico y sin pretensiones de tal cosa. Una curiosa anécdota de F. García Lorca, de que puedo dar fe, lo pondrá más en claro. Cuando yo preparaba mi edición de las poesías líricas de Lope publicada luego en la colección de *Clásicos castellanos*, comuniqué cierta vez al inolvidable poeta y amigo, con otras maravillas sepultadas entre la balumba de las comedias, aquella milagrosa seguidilla de *Lo cierto por lo dudoso*: "Río de Sevilla . . ." Vuelto a España después de una larga ausencia, me encontré con que aquellos versos, que Lorca ya no olvidó jamás, habían sido incluidos por él, a falta de otro texto genuino, entre las lindísimas *Sevillanas del siglo XVIII* que, popularizadas por la Argentinista, tanto se han cantado en España en estos últimos años. No hubiera hecho más Lope, y esto es lo que Lope debió de hacer tantas veces. El que oiga esos versos hoy en boca de cualquier aficionado, podría creer en una perduración, y más si, desglosados de las *Sevillanas*, se cantan a otro tono, que todo podría ser. Esta manera de pervivir no es la ininterrumpida de la tradición; es más bien una deliberada resurrección.

el punto de pasar a ser un libro olvidado casi por entero: una sola edición española en el siglo XVIII; otra en el XIX. Menéndez Pelayo la reimprime, podemos decir que con carácter de exhumación erudita, en el tomo II de los *Orígenes de la novela*. Como en la reciente edición nacional de las obras de Menéndez Pelayo figuran sólo los estudios del maestro, pero no los textos antiguos que él reeditó, la *Diana* había llegado a ser un libro prácticamente inaccesible para el gran público. El Sr. López Estrada ha hecho, pues, un meritorio servicio a las letras poniéndola al alcance de todos. El texto de Montemayor ha sido bastante bien tratado por sus editores; las variantes son pocas y, en general, es fácil restaurar la lectura correcta. En cambio, son numerosas las interpolaciones posteriores, como corresponde al carácter de "libro abierto", apto para ser añadido y continuado, que acertadamente subraya López Estrada en las producciones de los géneros pastoril y picaresco. El texto de la edición que comentamos se basa en la edición de Barcelona, 1561, primera de fecha conocida entre las antiguas, y anota al pie de las páginas las variantes que mejoran la lectura, indicando cuidadosamente su procedencia en todos los casos.

Las dificultades léxicas que la *Diana* puede ofrecer para el lector moderno son escasas. Por esto las notas concernientes al lenguaje son más bien de carácter gramatical o estilístico, y señalan ciertos matices ligeramente arcaizantes o lusitanos que de vez en cuando asoman en la prosa musical del autor portugués. Otras notas están destinadas a aclarar alusiones contemporáneas o autobiográficas y a relacionar la novela con las obras de Ausías March (que Montemayor tradujo en parte), León Hebreo, Bandello y algunos escritores más, que unas veces pueden calificarse de fuentes de trozos determinados, pero que con más frecuencia son reminiscencias que se traslucen en la expresión. Es de alabar la sobriedad con que las notas están redactadas.

En el prólogo se utilizan exhaustivamente los estudios publicados acerca de Montemayor y su obra más importante, tanto en lo biográfico como en lo interpretativo, a los cuales López Estrada añade no pocos puntos de vista personales en el análisis interno de la novela. La información que el lector adquiere en estas páginas preliminares se completa con una extensa bibliografía, mucho más copiosa y elaborada que las conocidas hasta ahora.

SAMUEL GILI GAYA

Madrid.

FERNANDO DE HERRERA, *Rimas inéditas*. Editadas por José Manuel Bleuca. Madrid, 1948, 254 págs.

Sin hipérbole puede calificarse de acontecimiento para la historia de la poesía española la publicación de este libro. Será éste uno de los servicios más señalados que debemos a la constante actividad literaria de José Manuel Bleuca, y más aún cuando al volumen que aquí comentamos siga el estudio que nos anuncia sobre la obra total del divino Herrera. Con excepción casi única de Gallardo, el manuscrito que ahora se publica había pasado inadvertido para los críticos, que apenas disponían de más textos que la edición hecha por el propio Herrera, en 1582, de algunas de sus obras, y de la que, después de la muerte del autor, imprimió en Sevilla (1619) el pintor y poeta Francisco Pacheco, reuniendo en un tomo las poesías que pudo allegar para subsanar en lo posible la pérdida total de los papeles de Herrera. La colección que ha redescubierto y editado Bleuca es de 1578, y por consiguiente la más antigua que se conoce. Contiene 130 poemas, muchos más que la edición hecha por el mismo Herrera cinco años después. Entre ellos, 46 son rigurosamente inéditos;